

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, julio de 1895 ✧ NÚMERO 40



EL PRISIONERO DEL CORSARIO

Compadecido de mi situación, invítome á tomar asiento y me habló con la mayor bondad

SUMARIO

El prisionero del corsario.—La Ley de Lynch (continuación).—En la península malaya.—Pensamiento.

EL PRISIONERO DEL CORSARIO

CONMOVEDORA NARRACIÓN DEL MARINERO
GUILLERMO OAKELY (1644)

«En el mes de junio de 1639, obedeciendo á una orden superior, nos embarcamos en la *Mary* de Londres, armada de seis cañones y con cargamento de lienzo y paño para la isla de la Providencia, en la India Occidental. Entre pasajeros y tripulantes contábanse más de sesenta personas. Después de permanecer cinco semanas en Downs, esperando viento favorable, nos hicimos á la vela, y anclamos después fuera de la isla de Wight. Toda la cerveza se había echado á perder, y fué preciso arrojarla al mar. El domingo siguiente nos hicimos otra vez á la vela, y al amanecer del sexto día, después de salir de la isla de Wight, divisamos tres buques á unas cuatro leguas de distancia. Los dueños del nuestro consultaron sobre si sería más conveniente esperar para ponernos al habla con los capitanes, ó proseguir la marcha; y no sé por qué se acordó lo primero.

»Muy pronto supimos que aquéllos eran buques de guerra turcos, los cuales, considerándonos como enemigos, trataron de acercarse, y efectuáronlo al cerrar la noche. Mientras se aproximaban, nuestros capitanes, resueltos, al parecer, á defenderse, hicieron sus preparativos; pero como observasen que su gente carecía de resolución, resolvióse huir. Los turcos, como si comprendiesen lo que pasaba, enviaron uno de sus buques para dar caza al en que yo iba. Al amanecer nos acometieron, y después de una breve lucha siguióse el abordaje y todos quedamos prisioneros, contándose seis muertos y muchos heridos. En los buques corsarios iban muchos ingleses, esclavos como nosotros, y todos debíamos ser conducidos á Argel, á donde llegamos á las cinco ó seis semanas.

»Argel es una ciudad agradablemente situada en el lado de unas colinas que dominan el Mediterráneo; elévase majestuosa al N., como si proclamara la soberanía de los mares y tratase de imponer tributo á todos los que se aventuran á penetrar en sus estrechos. Su extensión es considerable, pues pasa de tres millas de circuito, y está resguardada por cinco puertas: la Puerta de la Marina, hacia el N.; la Puerta Piscadore, en la inmediación, y la Puerta Nueva, hacia el S., construída por los españoles, según parece, cuando la ciudad estaba en su poder. La puerta occidental se llama *Beb á Wyt* en lenguaje morisco, y la oriental *Beb Azun*. Además, hay varias fortalezas en la extremidad del muelle, y supónese que la ciudad contiene 80,000 habitantes, no contándose menos de 25,000 esclavos de todas las naciones. Los edificios particulares son

magníficos, de tejado plano, con galerías y patios, y sostenidas por pilares. Los argelinos pueden tener muy bien construcciones monstruosas, puesto que las elevan á costa de los demás y con manos ajenas, porque esa ciudad no es célebre más que por sus infamias, y porque se considera justamente como el nido de esos corsarios turcos que durante tan largo tiempo ejercieron su tiranía en los mares próximos.

»Los templos son también magníficos, demasiado buenos para su religión, pues todo indica, así en la práctica como en las palabras, que reniegan del verdadero Dios. Poseen también elegantes baños, que los hombres frecuentan por la mañana y las mujeres por la tarde.

»Apenas desembarcamos se nos encerró en una especie de sucia cueva, y al día siguiente nos condujeron al palacio del virrey ó Bashaw, que, según la costumbre, tiene derecho sobre cada diez esclavos; y apenas llegó el día del mercado nos llevaron á la plaza como animales, á fin de ponernos en venta. Para esto se nos hizo pasear de un lado á otro, con objeto de que se nos viera bien. Los compradores son muy circunspectos; lo primero que hacen es examinar la boca, porque los que tienen buena dentadura se venden á un precio mucho más subido, considerándose que los que carecen de dientes no pueden comer, y, por lo tanto, no tendrán resistencia para trabajar bien. Luego se examinan los miembros, á fin de ver si se ha sufrido alguna fractura ó dislocación; y si un hombre es vigoroso y está bien formado, también valdrá mucho más. En cuanto á la edad del esclavo, es cosa importante: se trata de reconocerla por el aspecto de la barba, del rostro ó del cabello. Pero en nada se fija tanto la atención como en las manos. Si éstas son callosas y anchas, supónese que el individuo está acostumbrado á trabajar. Si son delicadas y suaves, supónese que pertenecen á un caballero ó comerciante, y entonces la esperanza de obtener un buen rescate basta para que el individuo tenga igualmente bastante valor como mercancía. Después de la venta, los esclavos son conducidos á presencia del virrey, quien tiene el privilegio de elegir cualquiera de ellos al precio á que se vendan.

»En cuanto á mí, me vendieron el primer día de mercado á un tagareno, descendiente de los moros que volvieron al Africa después de ser expulsados de España.

»Mi primera aventura en casa de mi nuevo amo estuvo á punto de costarme la vida. Su padre, deseando ver qué compra había hecho, me mandó salir á una galería que daba á un patio, y allí comenzó á insultarme con la mayor desvergüenza, envileciéndome porque era cristiano. Mi cuello no estaba acostumbrado aún á doblegarse bajo el yugo; y como no podía expresarme en lenguaje morisco ni en lengua franca, traté de hacer comprender por señas que su profeta Mahoma era un bergante. Esto excitó su cólera en alto grado, y arrojóme cuanto encontró á su alcance, tanto, que, acercándome á la barandilla, hice ademán de

saltar al patio. Esto bastó para que su ira se calmase, pues el hombre comprendió, sin duda, que mi muerte sería una pérdida para su hijo. Sin embargo, dióse cuenta á este último de lo que había sucedido; y como era un hombre muy iracundo, desenvainó su yatagán para matarme, sin preguntar más, lo cual hubiera hecho á no haberle detenido su esposa. Aquel incidente me enseñó dos cosas: la primera, que cuando el cuerpo está esclavizado, la razón no se debe considerar libre, así como tampoco la lengua; y la segunda, que los esclavos se pueden contentar con la libertad de conciencia.

»Mi ocupación durante medio año consistió en el servicio interior de la casa, desempeñar comisiones y llevar fardos. Mi amo tenía participación en un buque armado de doce cañones, que tuvo un encuentro con otro inglés, procedente de España, del cual se apoderó después de un reñido combate; y, entusiasmados con este éxito, los aventureros acordaron armarse de más cañones, con cuyo motivo se me mandó ir á trabajar en el buque. Terminada la operación, mi amo me dijo que me debía embarcar también, y en vano alegué que yo no era marinero, ni podría ser, por lo tanto, de la menor utilidad. Contestóme que se me trataría bien, recomendóme al capitán y á los oficiales, me compró ropa y dióme algún dinero. Estuvimos seis semanas cruzando dentro y fuera de los Estrechos, hasta que, al fin, dimos con un buque de guerra húngaro, y después de apresarlo regresamos á Argel.

Mi amo, viendo que los beneficios que su barco le reproducía compensaban apenas los gastos que había hecho para montarle, me dijo que debía darle yo dos duros al mes y vivir en donde se me antojase para ganarlos. Dura alternativa era contribuir al mantenimiento de otro cuando apenas bastaba para mí lo que ganaba; y reflexioné largo tiempo sobre lo que debería hacer; pero no veía ningún camino, hasta que, al fin, confiando en la protección de Dios, me dirigí á uno de mis compatriotas, esclavo también, que ejercía el oficio de sastre. Me aconsejó desde luego que me quedara con él, comprometiéndose á enseñarme; y como aquel trabajo no tenía nada de deshonesto, acepté sin vacilar, pensando que así podría satisfacer la exigencia de mi amo y sustraerme de su dominio. No obstante, al día siguiente, cuando me presenté al sastre, parecióme por su silencio que había cambiado de parecer, y, bien fuese por orgullo ó por modestia, me despedí de él.

»La Providencia me encaminó á otro inglés, dueño de una tiendecilla, y le referí lo que me pasaba, diciéndole que mi amo exigía que le pagara dos duros mensuales.

»Compadecido de mi situación, invitóme á tomar asiento y me habló con la mayor bondad.

»—Paisano,—díjome,—yo me dedico aquí á un comercio especial: vendo plomo, hierro, perdigones, licores, tabaco y otras muchas cosas. Si V. quiere ser mi socio en el tráfico, le admitiré con gusto.

»La proposición era demasiado ventajosa para desecharla. Manifesté á mi amo que aquello me convendría, y añadí que necesitaba algún dinero para comenzar. Accedió á prestarme una pequeña suma, y, agregándola á mis ahorros, me bastó para dar principio al tráfico. Aquella misma noche compré cierta cantidad de tabaco, y á la mañana siguiente lo cortamos y preparamos para la venta. El resultado fué bueno, y mientras duró nuestra sociedad repartiéronse los beneficios semanalmente en proporción á las ganancias. Al fin, nos aventuramos á comprar un barril de vino, y se ganó mucho; pero es difícil conservar la moderación cuando uno se exalta, y esto precisamente le sucedió á mi socio, que, engreído con las ganancias, descuidó sus obligaciones, dióse á la bebida y me dejó á mí todo el trabajo.

»Un tal Juan Randal, que con su esposa y su hijo llegó á encontrarse en el mismo caso que yo, debiendo satisfacer también un impuesto mensual, fué á parar á mi tienda después de haber buscado inútilmente ocupación. Me conmovió mucho lo que me contó, y complacíame hallarme en estado de aconsejar y ayudar á otro tan desgraciado como yo antes. Habiéndome dicho que era guantero, díjele que lo mejor que podría hacer era dedicarse á la confección de ropas para marineros esclavos, y que, por mi parte, no le exigiría ningún alquiler de habitación; pero era menester se entendiera sobre este punto con mi socio, de cuyos derechos no me era posible disponer.

»Sería enojoso dar cuenta aquí de los diversos incidentes ocurridos durante los tres ó cuatro años que estuve ejerciendo aquel tráfico.

»Unos piratas argelinos se habían apoderado de un buque inglés, cuyo capellán era Mr. Devereux Sprat, hombre de aspecto grave, á la vez que simpático, con el que muy pronto trabamos conocimiento, solicitando sus servicios como ministro de la religión, para lo cual nos comprometimos á pagar mensualmente la cantidad que su amo le exigiera. Predicaba para nosotros tres veces á la semana en una espaciosa cueva, donde nos reuníamos en ciertas ocasiones hasta ochenta personas. Habíala alquilado yo, y, aunque estaba cerca de la calle, nunca nos interrumpió nadie, ni turcos ni moros. Mr. Sprat fué rescatado, al fin, por el capitán Wildy, con ayuda de los mercaderes, y entonces no hubo ya sermones. Juan Randal trabajaba asiduamente en mi tienda, porque mi primer socio lo había abandonado ya todo; y como teníamos permiso para alejarnos hasta una milla de la ciudad, los dos paseábamos con frecuencia.

»Cierta día, después de llegar á los límites que se nos habían impuesto, quise alejarme un poco más para observar la costa y ver si habría alguna probabilidad de escapar, aunque hasta entonces no habíamos proyectado nada de esto. Uno de los oficiales encargados de la vigilancia de los esclavos nos acusó de haber tratado de escapar. Se nos condujo á presencia del vi-

rrey; y como persistimos en negar resueltamente, no se nos castigó más que con la pena de encadenarnos en la prisión de aquella autoridad hasta que nuestros amos nos reclamasen. Al día siguiente, se nos puso en libertad; pero el dueño de Juan Randal, en uso del derecho que tenía sobre su esclavo, condenó a trescientos palos en las palmas de los pies.

»No tardó en llegar el día en que mi amo me pidió el dinero que me había prestado cuando comencé a traficar. Le contesté que no tenía más que los géneros de la tienda, y que hasta que se vendieran no podría pagarle; mas al oír esto dispuso que otro de sus esclavos me acompañara, á fin de ver si se podría realizarlo todo á cualquier precio para obtener la cantidad que yo debía. La tienda estaba en el mismo sitio; pero no se encontró nada en ella, pues como Randal no podía trabajar y mi socio estaba ausente, unos ladrones entraron y lleváronse cuanto contenía. En su consecuencia, mi amo me ordenó volver á la tienda para continuar el tráfico hasta reunir la cantidad que le debía.

»Los asuntos de mi amo empeoraban cada vez más, hasta que se vió en la precisión de vender sus esclavos, y con este motivo cambié de amo, con no poca ventaja para mí, pues me daba tanta libertad, que pensé formalmente en librarme de todo yugo.

»Mi nuevo amo tenía una granja á doce millas de la ciudad, poco más ó menos, y á ella me condujo. Enseñóme todos los mercados y me explicó las costumbres de vendedores y compradores. A juzgar por sus atenciones, pensé que su intención era encargarme del cuidado de la granja; mas era evidente que si yo dejaba mi tienda perdería toda probabilidad de escapar de la esclavitud; y, aunque ésta no fuese muy dura para mí, yo pensaba que los grillos, aunque fuesen de oro, siempre son grillos.

»Después de haber reflexionado detenidamente sobre el medio de que podría valerme para escapar de una vez, comuniqué mi proyecto al capellán Mr. Sprat, quien lo juzgó practicable. Mi compañero Juan Randal lo aprobó también; pero ninguno quería comprometerse á prestarme auxilio. Para llevar á cabo mi proyecto necesitaba siete personas, y, después de elegir las que me infundían más confianza, comuniquéles mi plan, exigiendo antes que jurasen guardar el secreto.

»Sin embargo, no dejaba yo de tener ciertos escrúpulos, pues no podía menos de reflexionar que mi amo me quería mucho, que me había tratado siempre bien y que yo le había costado una respetable cantidad cuando me compró. Medité largo tiempo sobre el asunto, y de lujé, al fin de mis reflexiones, que ante todo debía sacudir el yugo, por blando que fuese, y recobrar mi completa libertad. En su consecuencia, revelé á mis compañeros que había construído el modelo de un bote compuesto de varias piezas, que se podían montar cuando llegase el caso para huir del país. Todos aprobaron con entusiasmo el proyecto; pero, al re-

flexionar más detenidamente, vimos que se oponían muchas dificultades. Algunos hicieron objeciones que, en su concepto, no se podían refutar; pero yo me propuse combatirlas. Comenzamos el trabajo en la cueva que había servido para nuestras prácticas religiosas, y no la elegimos por la santidad del lugar, sino porque era un sitio muy retirado. Primeramente se buscó una gruesa tabla de doce pies de longitud, y, á fin de que nadie fijase en ella la atención, se cortó en dos. Luego se obtuvieron varias viguetas, las tablas necesarias, clavos, tornillos, etc.; y, á fin de amortiguar el ruido que producirían los martillazos, nos servimos de la lona, cerrando, además, bien la gruta, á fin de que el rumor fuera lo más sordo posible.

»Dos carpinteros y yo nos ocupábamos principalmente en este trabajo; y habíamos hecho muy poco aún, cuando el olor de la pez, la resina y otras materias derretidas me obligó á salir á la calle para respirar el aire libre, porque me asfixiaba. Hallábame tan débil, que caí al suelo y me partí una mejilla. Mis compañeros me condujeron de nuevo á la cueva; pero otro se sintió acometido á poco del mismo mal que yo, y también necesitó respirar el aire libre. Entonces comprendí que era preciso poner pronto remedio, porque si abandonábamos el proyecto aquella noche, tal vez no pudiéramos volver á trabajar, y era indispensable concluir la obra de una vez. En su consecuencia, resolví dejar entornada la puerta de la cueva y ponerme yo de centinela para avisar á mis compañeros en caso de peligro. Al fin, se concluyó el trabajo y se trasladó nuestra obra á mi tienda, situada no lejos de allí.

»Inútil parece decir que para esto se desarmó el bote, y que cada cual llevó una parte, ocultándola lo mejor posible para no llamar la atención. Lo más difícil fué después sacar las piezas de la ciudad. Uno de mis compañeros, William Adams, se encargó de llevar la quilla á cierto sitio que él sabía para ocultarla, y las demás se trasladaron con iguales precauciones. Yo cargué con una pieza de lona, que habíamos comprado para hacer la vela, y en el camino, como me ocurriese mirar hacia atrás, ví al mismo espía que en otra ocasión nos acusó injustamente á mí y á Randal. Esto no me inquietó poco; mas como viese á un inglés lavando sus ropas á la orilla del mar, preguntéle si quería ayudarme á mojar bien la lona; y mientras hablábamos, el espía llegó hasta la saliente de una roca, que se prolongaba hasta nuestras cabezas, para enterarse de lo que decíamos. Yo le observaba de reojo, y comencé á extender la lona. El hombre permaneció allí algún tiempo, y después alejóse; pero como aún dudara de sus intenciones, volví á llevarme la lona seca á la ciudad, incidente que desanimó á mis compañeros. También teníamos preparados algunos víveres y dos pellejos de agua potable.

»Entretanto, seguí visitando á mi amo con la misma puntualidad, cumplí con todas sus órdenes, y al mismo tiempo convertí en metálico todos los efectos que podía vender, puse

el dinero en un maletín de doble fondo y se lo entregué á Mr. Sprat, quien lo guardó fielmente.

»El lugar que elegimos para montar el bote fué una colina situada á media milla de la ciudad. Cuando se hubieron unido las piezas y desarrollado la vela, cuatro de los nuestros llevaron el bote al mar; después nos desnudamos, y, poniendo nuestras ropas en la embarcación, la condujimos tan lejos como fué posible, para evitar que se averiara por el roce con

hombres que iban á su tumba, nos hicimos á la vela el 30 de junio de 1644, en una noche que será eternamente memorable para mí. Eramos cinco: Juan Anthony, William Adams, Juan Jephth, Juan el carpintero y yo, y nos hicimos al mar sin timón ni brújula; cuatro hombres remaban de continuo, y el otro desalojaba el agua que la lona recogía. En la primera noche nos esforzamos mucho para ponernos fuera del alcance de nuestros amos; mas, al rayar el día, aún estábamos á la vista de sus barcos, ancla-



EL PRISIONERO DEL CORSARIO: Se vió en la precisión de vender sus esclavos

las piedras ó rocas de la orilla. Sin embargo, pronto vimos que nos habíamos equivocado en nuestros cálculos sobre el peso que el bote podía resistir; pues apenas nos habíamos embarcado, el agua comenzó á entrar por todas partes, tanto, que faltó poco para que se hundiera. Era necesario corregir el defecto á toda costa; mas uno de los nuestros perdió el valor de tal modo, que quiso retirarse, pareciéndole preferible sufrir cualquier tormento en tierra que disponerse á morir ahogado en el mar. La verdad es que el bote llevaba tanto peso, que era imposible aventurarse en él con esta condición; mas otro de los nuestros se retiró también, y entonces se mantuvo bien á flote, pareciéndonos bastante capaz para emprender el viaje.

»Despidiéndonos solemnemente de nuestros compañeros y deseándoles tanta felicidad como podía esperarse en la esclavitud, así como ellos tan larga vida como la que debían esperar

dos en el puerto. No obstante, como nuestro bote era pequeño, ó no se descubrió, ó se tomó por alguna cosa insignificante. En todas ocasiones se pudo reconocer nuestra falta de provisión: no habíamos puesto el pan en sitio donde pudiera preservarse del agua, y lo encontramos completamente empapado; mientras que los pellejos comunicaron al líquido que contenían un sabor nauseabundo. Sin embargo, repartiendo raciones muy escasas, el pan duró tres días; pero después nos vimos amenazados del hambre, que es la muerte más horrible. Los medios de que nos valíamos para apagar la sed acrecentábanla más; y como el viento era contrario, avanzábamos poco, á pesar de lo que se remaba. El calor era tan insoportable, que permanecimos desnudos durante el día, poniéndonos la camisa por la noche, pues habíamos dejado las ropas en tierra, á fin de aligerar el peso del bote.

»Uno de nuestros compañeros llevaba ca-

sualmente un reloj de arena, del que nos servimos como brújula. Con su auxilio gobernábamos de día, y durante la noche nos guiamos por las estrellas ó por el movimiento de las nubes si el cielo se cubría. Así continuamos navegando durante cuatro días, y al quinto, perdidas todas las esperanzas, renunciábamos ya á nuestra salvación. Se dejó de remar, porque nos faltaban fuerzas, y nos limitamos á desalojar el agua del bote, sin ver medio alguno de evitar la muerte.

»Cuando nuestra embarcación era juguete de las olas, descubrimos de pronto muy cerca una gran tortuga. Esto nos reanimó, y, remando de nuevo, nos abalanzamos sobre la presa y se cargó triunfalmente en el bote. Después de cortarle la cabeza para que se desangrase bien en una vasija, bebimos la sangre, comimos el hígado y chupamos la carne, con lo cual nos reanimamos de tal modo, que se remó vigorosamente otra vez. De nuevo nos sonrió la esperanza, olvidando nuestros temores, y á la caída de la tarde descubrimos ó nos pareció descubrir tierra. Imposible sería describir nuestro alborozo; aquello era la vida, y al cabo de poco tiempo quedamos convencidos de que, efectivamente, veíamos tierra. Entonces saltamos al agua, pues todos éramos buenos nadadores, para refrescar nuestros cuerpos resacos, sin temer que apareciese por allí algún tiburón; pero pronto volvimos al bote, donde, rendidos de fatiga, nos entregamos un rato al reposo.

»A la caída de la tarde avistamos una isla que nos pareció ser la de Fromentera, ó, cuando menos, por tal la reconoció uno de los nuestros, que había navegado ya por aquellas aguas. Habíamos visto ya la de Mallorca, y nos consultamos para resolver á cuál de las dos nos dirigiríamos. Alguno dijo que en la primera abundaban mucho las serpientes venenosas, y, por lo tanto, se resolvió ir á la segunda. Durante la noche se remó de continuo, y también la siguiente, que era la sexta de nuestro viaje. La isla estuvo á la vista todo un día, y á eso de las diez de la noche nos acercamos á tierra; mas eran tan empinadas y escabrosas las rocas, que no podíamos pensar en franquearlas. En esto, vimos que se dirigía hacia nosotros un buque, y ya se comprenderá cuál fué nuestra inquietud al reflexionar que, después de tanto trabajo y privaciones, podíamos ser cogidos por algún turco. Por fortuna, pudimos ocultarnos á favor de una roca, y cuando el buque hubo pasado nos acercamos cuanto fué posible á la orilla hasta encontrar un sitio conveniente para atracar. Como no habíamos comido nada desde que se cogió la tortuga, Juan Anthony y yo fuimos á buscar agua fresca, y los demás permanecieron en el bote, y á corta distancia encontramos un bosque que nos hizo vacilar. Mi compañero deseaba ir por un lado, y yo quería ir por el otro; pero yo no quise ceder, y Anthony me siguió. Avanzamos por una vereda, y ésta nos condujo á una de esas torres que los españoles tienen en la costa para sus vigías; temimos que

nos hicieran fuego, y, llamando la atención del centinela, dijímosle quiénes éramos, rogándole que nos diera un pedazo de pan y nos indicase dónde había agua fresca. El soldado, muy amable, nos arrojó una torta, y nos indicó una cisterna á poca distancia de allí. Bebimos un poco de agua, comiendo un pedazo de torta, y después regresamos en busca de nuestros compañeros para noticiarles nuestra buena suerte. Aunque era indispensable dejar el bote, no lo hicimos sin pesar; pero el hambre y la sed se anteponían á todo, y nos pusimos en marcha. Llegados á la cisterna, volvimos á beber, comiéndonos el resto de la torta, y después nos echamos para esperar allí la mañana.

»Muy entrado ya el día, nos dirigimos de nuevo al centinela para que nos indicase dónde estaba la casa más próxima, á lo cual accedió, señalándonos una que se hallaba á dos millas de distancia; pero teníamos los pies tan llagados por el sol, que pasó mucho tiempo antes de que pudiéramos empezar aquel corto viaje; y después el dueño de la casa, sospechando por nuestro aspecto que no íbamos con buenas intenciones, nos recibió con una carabina, intimándonos á no pasar adelante. Uno de nosotros, que conocía la lengua del país, dijo que éramos unos infelices escapados de la esclavitud, y que esperábamos se compadeciese de nuestra situación. El buen hombre, compadecido al oír el relato, mandó sacar pan, aceitunas y agua, y, aliviados con este refrigerio, fuimos á echarnos en un campo, después de dar las gracias por la caridad que se nos hacía. El buen hombre, satisfecho de nuestro proceder, nos permitió entrar en su casa y nos dió un buen potaje de judías, que á mí me pareció lo mejor que había comido en toda mi vida.

»A la mañana siguiente estábamos ya en camino de Mallorca, y, al llegar á los arrabales, la singularidad de nuestro aspecto, pues íbamos descalzos, sin pantalón y con la casaca abrochada sobre la camisa, atrajo á una multitud de curiosos. Hicimos el relato de nuestra aventura, y, habiendo manifestado todos deseos de socorrer tanta miseria, pronto tuvimos alimento en abundancia, vino, licores y alguna ropa; pero se nos dijo que debíamos esperar en los arrabales hasta que se diese cuenta de nuestra llegada al virrey. Poco después fuimos presentados, y cuando tuvo conocimiento de nuestra fuga y de los peligros que acabábamos de correr, dió orden de que se nos mantuviera á sus expensas hasta que algún buque pudiera conducirnos á nuestro país. Entretanto, abrióse una suscripción pública para comprarnos traje y calzado; y, siendo Mallorca entonces una ciudad con la que los ingleses hacían muy poco tráfico, solicitamos del virrey que nos permitiera embarcar en una de las galeras del rey de España; pero, casualmente, á los dos días llegó un buque inglés, cuyo capitán nos admitió á bordo, advirtiéndonos que iría antes á Gibraltar. Durante la travesía nos dieron caza dos galeras turcas; mas, afortunadamente, llegamos á dicha plaza antes de que

nos dieran alcance. Tres de nosotros saltamos en tierra; los demás prefirieron permanecer á bordo y no tardaron en llegar á Inglaterra.

»Nosotros permanecimos en Gibraltar hasta que se nos concluyó el dinero; después fuimos por tierra hasta Cádiz, distante unas sesenta millas, y allí se nos facilitó pasaje á bordo de un buque para Inglaterra, donde llegamos en septiembre de 1644.

EN LA PENÍNSULA MALAYA

Los episodios de que vamos á dar cuenta ocurrieron en el territorio de Salangore, punto situado cerca de la extremidad inferior de la península malaya, que el autor visitó, algunos años hace, con objeto de formar colecciones para la historia natural. Desembarqué en Klang, la capital, y fui recibido por mi amigo Mr. Syers, oficial encargado del departamento militar del territorio, joven inglés que apenas había salido de la adolescencia.

Lo primero que concertamos fué emprender una cacería al interior contra los elefantes y rinocerontes y otros animales salvajes, para lo cual mi amigo obtuvo del sultán licencia de quince días. En pocas horas empaquetamos nuestras carabinas, municiones y víveres, y, seguidos de dos criados y tres agentes de policía malayos, emprendimos la marcha hacia el interior de los bosques.

Recorrimos por el río Klang en un bote un espacio de varias millas, y después saltamos en tierra, penetrando luego en el más inmenso bosque que hasta entonces había visto en la India Oriental.

¡Qué espesuras! En algunos sitios eran tan enmarañadas y densas que no parecía posible que pasara por allí ni un gato. Al fin, no obstante, pudimos llegar sin otras dificultades á la inmediación del sitio que debía ser nuestro terreno de caza. Allí había algunos claros, y al cabo de pocas horas dimos vista á un caserío malayo, conocido con el nombre de Battu, situado á orillas de un riachuelo, en el corazón del mejor distrito de caza que hay en el territorio.

El *orangkay* (jefe del pueblo) estaba ausente; pero su mujer, muy obsequiosa, sacó fuera de su vivienda casi todos los trastos, á fin de que estuviéramos con más comodidad durante nuestra permanencia allí.

Así como todas las casas malayas, estaba construída con postes, que se elevaban á cinco pies sobre el suelo, y este último se componía de planchas de bambú. Tomamos posesión al punto, arreglando lo necesario para estar más cómodos.

Se empleó el primer día en practicar un reconocimiento por el bosque y en buscar ojeadores, pues en las selvas de la India Oriental, por muy experto que sea un blanco, no se aventura nunca en una larga cacería sin llevar uno ó dos naturales de la localidad para que le enseñen el camino más corto cuando se da por terminada la caza.

Por fortuna, y muy casualmente, encontramos dos buenos guías. Habiendo salido con un ojeador malayo, llegamos sin saberlo á la parte más remota de la selva, donde vimos una curiosa casucha habitada por una extraña familia.

La construcción no merecía realmente el nombre de casa, pues componíase tan sólo de una especie de entarimado y un techo y reducíase simplemente á una elevada plataforma de pértigas de unos ocho pies en cuadro, con los huecos rellenos de pedazos de troncos de árboles bien unidos entre sí. Una especie de escalera de mano conducía á la plataforma, que se elevaba á unos diez pies sobre el suelo.

Era la más singular vivienda humana que yo había visto en toda mi vida. Nuestro guía malayo exclamó:

—¡Jackoons Tuaw!

Los Jackoons, ó Jackuns, son naturales que habitan en los bosques remotos de la península, resistiéndose humildemente á todas las tentativas que se hacen para civilizarlos, y prefiriendo vivir errantes, como animales salvajes. No tienen armas de fuego, y construyen sus nidos (apenas pueden llamarse casas) á cierta altura, fuera del alcance de las fieras. Se alimentan de productos vegetales del bosque y de los animales que pueden cazar con sus flechas envenenadas.

Nos acercamos á los jackuns cortésmente, y pronto se trabó conversación con ellos. Nos dijeron que no faltaban elefantes por allí, que diariamente veían algunos y que nos acompañarían para buscarlos cuando quisiéramos.

A la mañana siguiente, al amanecer, cuando aún dormíamos en nuestras hamacas, nos despertó la aguda nota de una bocina, que resonaba, al parecer, en el corazón del bosque, á una milla de distancia. Esto nos electrizó.

—¡Elefantes!—exclamamos á la vez mi compañero y yo. Y, saltando de las hamacas, nos vestimos apresuradamente.

Almorzamos á toda prisa un buen pedazo de fiambre, acompañado de una taza de café, y llamamos á nuestros hombres. Los jackuns no estaban allí todavía; mas esto no importaba, pareciéndonos que podíamos comenzar nosotros solos. Sin embargo, se dió orden para que fueran á buscarnos apenas llegasen; y si llegaban á tiempo para ayudarnos en algo, tanto mejor.

Mi amigo Syers era un hábil cazador, y tiraba mejor que yo; pero hasta entonces no había perseguido nunca á los elefantes y conocía poco sus costumbres. Yo acababa de visitar los bosques de la India del Sur, donde había permanecido algunas semanas, dando caza á esos colosos, y creíame competente para seguir la pista de una manada en circunstancias ordinarias.

Con sorpresa nuestra, se necesitó cerca de una hora para encontrar el rastro, y el que vimos estaba ya en parte borrado. Evidentemente, nos habíamos perdido; pero, de todos modos, era preciso seguir adelante. Nuestra partida constaba de seis hombres: Syers y yo, su portador de armas Jahop, mi auxiliar, Fran-

cis, y dos agentes de policía indígena, armados con carabina Snider.

El rastro que seguíamos nos condujo á través de espesos bosques durante algún tiempo: pero pronto vimos un espacio más claro, lleno de grandes árboles, cuyo fruto estaba en sazón y que los naturales se esforzaban para coger. Bajo la copa de uno de los mayores vimos de pronto un grupo de malayos, muy excitados, al parecer, que contemplaban los restos de una pequeña choza, destrozada por los elefantes

En cierto sitio donde los elefantes habían cruzado por una especie de terreno muy blando, dispersándose allí, el terreno arcilloso presentaba profundas cavidades redondas, donde se habían hundido los enormes pies de aquellos gigantes de la selva. Al medir uno de aquellos hoyos, vimos que tenía catorce pulgadas de través por un pie de profundidad.

Muy pronto llegamos á un sitio donde el terreno era duro y seco; y para empeorar las cosas, el rastro que seguíamos se mezclaba



EL PRISIONERO DEL CORSARIO: Llegados á la cisterna, volvimos á beber...

antes de amanecer. Los indígenas aplaudieron nuestro aspecto belicoso, manifestando mucha satisfacción, y nos rogaron que les permitiésemos acompañarnos para matar cuantos elefantes pudiesen.

Aquellos hombres permanecían debajo de los árboles día y noche, para recoger el fruto apenas cayese, antes de que lo devoraran los cerdos salvajes y otros animales.

Sin embargo, no nos detuvimos largo tiempo con los malayos, porque cuando se trata de perseguir elefantes, el cazador no debe entretenerse en otras cosas. Al cabo de otra hora, el rastro se prolongaba á través de bosque más claro, y á veces á lo largo de las orillas de un riachuelo.

con otras huellas más antiguas de una manada que habría pasado antes por allí; el rastro era cada vez confuso, y, al fin, lo perdimos del todo.

Dispersándonos entonces, comenzamos á buscar cuidadosamente, examinando todo el ramaje roto y la yerba; pero cuanto más mirábamos, menos veíamos. Media docena de rastros partían de aquel lugar, pero todos parecían antiguos. Esta dilación, aunque enojosa, no se podía evitar. *(Se concluirá)*

»»»» PENSAMIENTO ««««

—El interés suele ser más previsor que el cariño. Porque suele estar más despierto.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA